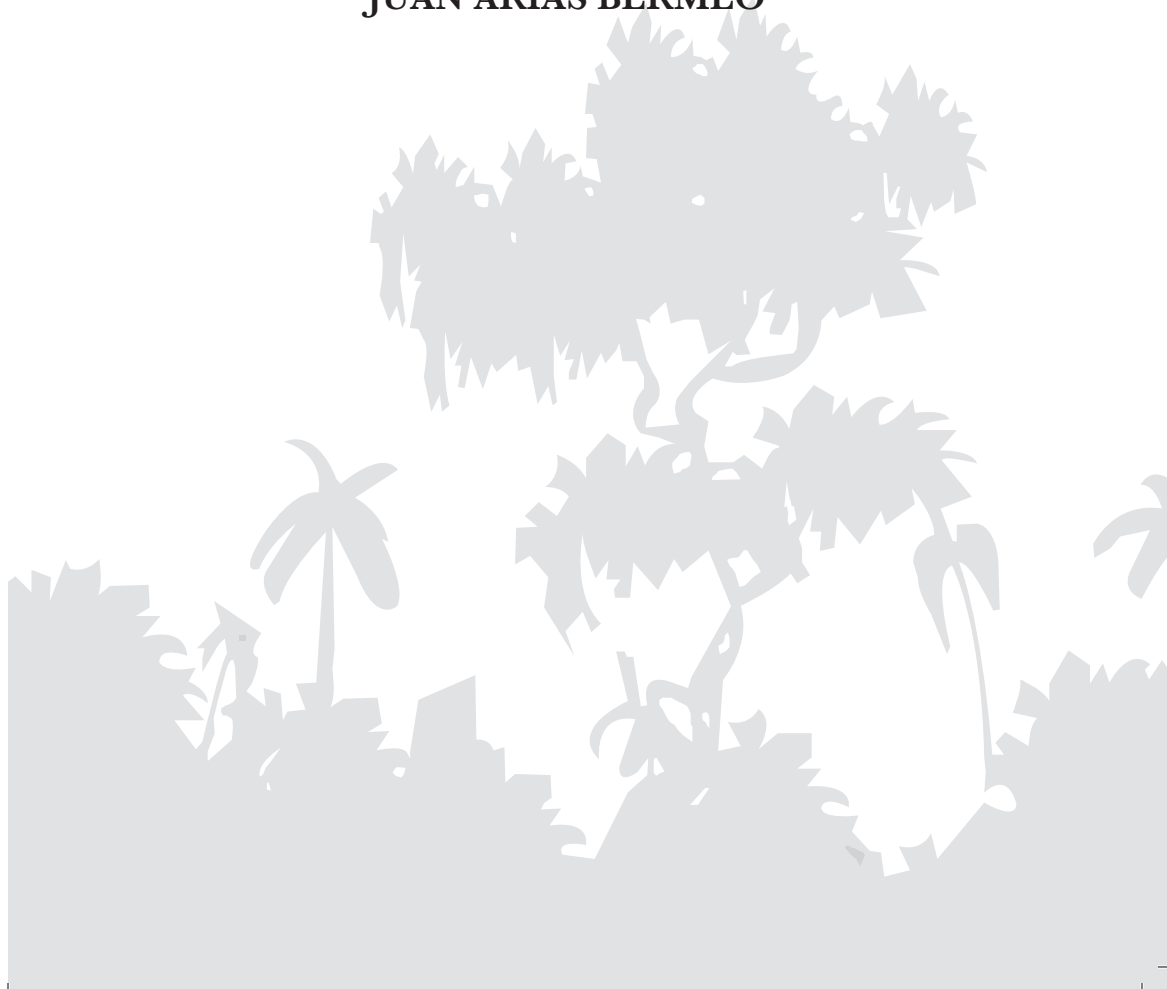


Remoto

JUAN ARIAS BERMEO



Remoto

Juan Arias Bermeo

www.lovochancho.com

www.kantoborgy.com

lovochancho@lovochancho.com



Editorial Bipedos Depredadores

Primera Edición: Noviembre de 2009

Prohibida la reproducción parcial o total
de esta obra sin el permiso por escrito del autor.

Autor: Juan Arias Bermeo

Cuadro de portada: Oswaldo Mora

Diseño de cubierta y dibujos: Fabiola Alvarez

Diagramación: Margarita Silva Telf.: 3227-372

Impresión: Artes Gráficas SILVA 2551-236

ISBN 978-9978-391-00-6

Impreso en Ecuador

“¿Qué es lo que ata más firmemente? ¿Cuáles son las cuerdas casi irrompibles? Entre hombres de una clase elevada y selecta los deberes serán ese respeto propio de la juventud, ese recato y delicadeza ante todo lo de antiguo venerado y digno, esa gratitud hacia el suelo en que crecieron, hacia la mano que les guió, hacia el santuario en que aprendieron a orar; sus momentos supremos serán lo que más firmemente les ate; lo que más duramente les obligue. Para los hombres de tal suerte encadenados, el *gran desasimiento* se opera súbitamente, como un terremoto: el alma joven es de repente sacudida, desprendida, arrancada, ella misma no entiende lo que sucede. Un impulso y embate la domina y se apodera de ella imperiosamente; se despiertan una voluntad y un ansia de irse; a cualquier parte, a toda costa; flamea y azoga en todos sus sentidos una vehemente y peligrosa curiosidad por un mundo ignoto”.

(NIETZSCHE, de *Humano demasiado humano*)

ÍNDICE

| | |
|--------------------|-----|
| Capítulo I..... | 9 |
| Capítulo II | 51 |
| Capítulo III..... | 89 |
| Capítulo IV..... | 103 |
| Capítulo V | 145 |
| Capítulo VI..... | 163 |
| Capítulo VII | 173 |
| Capítulo VIII..... | 199 |
| Capítulo IX..... | 211 |
| Capítulo X..... | 237 |
| Capítulo XI..... | 257 |
| Capítulo XII | 273 |
| Capítulo XIII..... | 287 |
| Capítulo XIV..... | 299 |

Capítulo I

“¡Renuncio!”, aulló Teófilo Samaniego, entreabriendo los ojos al enrarecido cielo de la mancillada metrópoli, la poluta urbe que se estira larga y estrecha en las faldas de el macizo del Pichincha, sobre la quebrada hoya de Quito. Ciudad capital que, en días de fasto conmemorando su fundación ibérica, es denominada La Carita de Dios. Al pie del volcán decorando la estirada urbe del altiplano, el ansiado día de renunciar arribó al cuarto de arriendo, entrando con el azul montañés desvaído a la rutilante esquina donde se levanta la pensión para estudiantes pudientes de provincia, Villa Ximena.

Renunciar es un imperativo que trastornará los días bo-rreguiles del promisorio joven en la metrópoli ahíta de vahos carbónicos, cual yace apiñada bajo el yugo del avaro oxígeno que brinda la altitud. Ciudad que ahora se desparrama incontenible, cenicienta, bajo el dentado Rucu, el volcán que presencié el nacimiento de lo que fue sagrado observatorio estelar de los chamanes idos y luego una recoleta aldea española.

Renunciar es la ventana abierta que lo invita a evadir la mansedumbre de Villa Ximena, esa mantecosa estancia entre muchachos bien de provincia que sueñan con los títulos que proveerán la interdependencia económica en el hormiguero de una civilización armada de nihilismo. Aquella propuesta acariciada en el café Madrilón, donde emergió para animarlo a buscar el

mañana de su ineludible verdad, lo inicia en la aventura que hasta ayer apenas se atrevía a vislumbrarla sobre el crepúsculo de los atajitos de caña del vate José María Riofrío. Así, pues, llegó a la jornada del pragmático con el deseo de hurgar en la amazonía que no ha descubierto aún por la intemperancia del pequeño burgués atiborrándose de ambiciones de hormigón.

De súbito se halla envuelto en ignotos aromas de los trópicos que anidan, tras las cumbres andinas, a oriente, aires salvajes. Vientos que añoraba el capitán de la flota de los barquitos de papel que surcaron el indómito mar de la niñez. Como si el capitán de Jipiro le señalara la salida del atolladero ciudadano a mar adentro, y de este modo poner distancia con la descomunal cloaca socializada en la devoción de sus habitantes a la polución. Despertó anhelando lo que presentía podía ser el futuro, ¡el mañana!; le vienen ráfagas visuales de un claroscuro piso selvático, caimanes exponiendo sus fauces al sol de remota playa fluvial; relaciona que está evocando el rincón sagrado que promociona el flamenco, Tomás Vanbeberen, en el café Madrilón. Las fotografías selváticas que se exhiben en el céntrico Madrilón, habían estado rodando por su retina desde temprano, con una intensidad que no experimentó antes. Era la señal ineludible de vamos a hacerlo ahora o nunca, el fin de su hora oficinesca estaba al alcance de sus pies y manos, como lo está la fotografía de la flor epífita que promociona el Ministerio de Turismo, y que él guardó en su memoria para que reviente su propia orquídea del musgoso lecho arbóreo donde esta mañana despertó.

“¡Renuncio!”, espetó a este día viernes que acaba la semana laboral y comienza un nuevo mes de servicio público en el Ministerio de Turismo.

Escucha el ajeteo de los jóvenes estudiantes buscando desayunarse en Villa Ximena, ese universitario runrún le impide continuar rumiando echado el sabroso comienzo del día al que nació para atender la brújula del capitán niño. Está ejecutando el imperativo que cargaba la fanática acepción del vocablo aventura en el lenguaje del abuelo, Papa-Beto; ya viene sufriendo el

ataque de cordura que redactará el adiós a la hora del ecléctico burócrata.

Eléctrico se quita del confortable lecho estudiantil, empujándose al escritorio que lo ayudó a conseguir la licenciatura en la exigente Pontificia Universidad, y que lo tiene a tiro de lograr el doctorado en Gerencia y Dirección..., el pasaporte a las once hosterías que pondría en los once pisos biológicos de la provincia de Loja. Encendiendo el portátil Oberón se mete a la sucinta comunicación del fin de su estancia en el Ministerio. Ha venido ensayando durante meses la voluntad indeclinable de no dar más cuerda al promisorio joven cuenta horas con panorama a fosa de hormigón entre torres gemelas. Basta de soterrar al otro Samaniego que se desgañitaba enseñándole el camino a lo esencial. La idea principal del escrito de renuncia —con sus tantas como fantásticas variantes—, que acumuló entre incontables litros de cerveza en la ebria música retro del Soda-Bar Carrión, era la de cuidarse del utilitario gracias por la confianza en mí depositada, asimismo obviar el a pesar mío he de marcharme en pos de horizontes rendidores y modificar esas circunstancias ajenas a mi voluntad que me imposibilitaban ser el capitán de Jipiro. Mas, lo que consiguió en borrador —a pesar de los meses de etílica elucubración bajo la luz del rock sinfónico del Soda-Bar Carrión— apestaba a fatuo, prevaleciendo subliminalmente el repugnante perdónenme, piedad por mi desertión, y que nos bendiga el olvido. Se empeño en depurar lo superfluo, lo meloso, lo hipócrita. Al término de la elemental corrección, quedó menos de una línea impresa, y por fin sobrevino la digna misiva que nadie —y sobre todo él mismo— creyó iba a ser realidad, pues, fanfarroneando con sus compañeros de trabajo en días pretéritos pero cercanos, les dijo que cualquier momento iba a plantar una renuncia de ficción: ésta sería fulminante, holgada, instalándose en una modesta palabra. Y el vocablo que tanta gracia causó en su momento, este rato regresa lleno de poder desde los confines del capitán niño, cayéndole como un rayo la insoluta deuda que tenía con el mar adentro de su niñez, acudiendo a él la tentación

deliciosa de lo extremo: colocar una sola palabra, contundente, que llene una cuartilla sin atenuantes: ¡Renuncio!

Sea, entonces, una despedida que en el sentido lato de la palabra lo diga todo y desembuchar un adiós bien puesto, libre de retruécanos; tal como amenazaba cuando se revestía de valor ingiriendo unos copetines de aguardiente entre colegas del departamento de Registro y Control, jurando que algún día iba a colocar la totalizadora palabra en mitad de la cuartilla, más la geométrica firma ininteligible de la rama subversiva de los Samaniego.

¡Renuncio!

El cuarto de arriendo de la esquina rosa de Villa Ximena, lo situaba a una cuadra del doctorado en la Pontificia Universidad y a cuatro bloques del ascenso ministerial. Eso era estar bien ubicado, no había que salir de la zona rosa para cursar la suave carrera universitaria que escogió y mantenerse luchando por subir en el escalafón del Ministerio. Su esbelta figura de traje y corbata era el retrato del pequeño burgués echando para delante, un asaz apetecible partido en opinión de las casamenteras, ejecutivo que pintaba para altos cargos ministeriales, para industrioso continuador de la empresa panadera de papá tomándose el Austro: La Puerca e Hijos. Por añadidura acariciaba el proyecto hostelero de los once pisos biológicos del mero Sur; o por qué no, eso: Presidente de la Gran Nación Pequeña. Teófilo Samaniego cumplía con el perfil para trepar al podio de los vencedores fusionando las ideas humanitarias del desarrollo sustentable de izquierda con el imparable crecimiento económico que hace a los pueblos más, o menos, consumidores del bienestar mundano. Atendiendo a su capacidad de maniobra en espacios ínfimos, entre paredes, tenía en términos de calidad total: liderazgo. Igual en la oficina como en la universidad descollaba, acá sonaba para futuro

Jefe Departamental, allá para próximo Presidente del Consejo Universitario por el Frente Amplio de Izquierda, FADI.

He aquí al joven capitán enfrentando al pronóstico general de provinciano que triunfa en la capital. “El chagra estrellado”, podría ser un bonito título de un cuento con moraleja del aventajado estudiante que hace añicos su etiqueta de Muy Prometedor. Hoy saldrá a la calle sin el traje de corte inglés veraniego del viernes, el azul cruzado; “ya estás con el de enganche para la rumba en Gatosón con una bonita lagarta”, le decía guiñándole el ojo la carnosa recepcionista del departamento de Registro y Control, en el piso conocido también como “la inteligencia” del Ministerio de Turismo. Hoy vestirá al hombre que va a matar al competente inspector Samaniego, propinando el puntapié letal al experto calificador de establecimientos de comidas y bebidas de cuatro tenedores y de la hostelería de lujo. Dispone de tiempo necesario para entregar sin testigos, al guardián de turno en el Ministerio, el comunicado que encierra la palabra catártica, allí estará adelantándose a la procesión de inquilinos diurnos del edificio público donde se genera el motorcito turístico de la patria. “¡Qué macho!... te vas a salir con la tuya sujeto”, musitó en el espejo que no le devuelve el rostro rasurado, perfumado, del respetado inspector de establecimientos de mantel largo, cual extraña el saco de marca azul cruzado del viernes, viéndose como otro ser con el informal ropaje de un estudiante en una mañana de asueto.

El joven pasa de tomar el casero desayuno de Villa Ximena, la fragante posada que huele a detergente eucalipto. Sale furtivamente a la esquina rosa neutralizando casual contacto con los machos universitarios que intercambian miradas de aliento que dicen vamos a llegar lejos. Ya en la calzada anda con los pasos rápidos de un liviano senderista, va descendiendo por la popular vereda del Soda-Bar Carrión que se quedó arriba, casi en la esquina de la avenida universitaria. Constata su figura informal en los ventanales de otra taberna, viene irreconocible para un día formal de oficina: pantalón vaquero y calzando acolchadas botas de media montaña a tres cuartos de montaña. ¿Cuál

aventurero dijo eso que ahora le suena tan gracioso? Tal vez sea un tal Lovochancho, pero no duda que debe ser un hombre allegado a las ondas radiales del andinista Olegario Castro. Estrena una camiseta blanca de algodón, extra-larga, que la compró hace días sin propósito de inmediato uso, como reservándola para las vacaciones de un lejano carnaval, chorreando floja por fuera de la cintura, estampada en el frente, a la altura del pecho, con un canguro que no tarda en identificarlo con el continente australiano, el mamífero está saltando por cima del arco iris que despide un mensaje inspirador: vida salvaje.

Alejándose calle abajo va tomando conciencia de que empezó a darle la espalda al doctorado en Gerencia y Dirección de Empresas Turísticas, aunque le provoque cierto escozor quedarse con el prosaico letrado de licenciado. Él se había mentalizado para ser estudiante de largo aliento, haciendo todas las maestrías y postgrados que le exigen al tecnócrata de estos días, rindiéndose a los buenos deseos de padre, Manuel Samaniego, cual funge de mayor panadero industrial de la provincia de Loja, y con toda la gana de próximamente serlo de la provincia vecina del Azuay que él denomina el Austro porque dice que el sur-sur es Loja. Don Manuel, consecuente con su plan de invasión panadera del Austro, ya empezó montando una sucursal de La Puerca e Hijos en su principal enjambre humano: la panorámica ciudad de Cuenca. “Papá se ha ganado un nombre amasando el pan de cada día, usufructuando el rico patrimonio de la familia Samaniego, esa inigualable receta del mazapán”, se escucha diciendo en una reunión de jóvenes en Villa Ximena. Don Manuel explotó industrialmente la artesanal virtud de Papa-Beto, quien heredó el conocimiento pastelero de la estirpe de los Mazapanes, de Gonzanamá, llevando a ciudad de Loja la fórmula harinera que dio fama a bollos, empanadas, puercas, roscones, y ese etcétera de horno de barro elaborado bajo riguroso secreto familiar.

Papa-Beto abrió la artesanal panadería La Puerca e Hijos en un portal recoleto de ciudad de Loja, frente al parque San

Sebastián, por la época que de casualidad, sobre la misma vereda, se inauguró un icono de la gastronomía regional costeña a precios populares, Guatería Manaba. Teniendo dichos generadores de productos comestibles excelentes relaciones de intercambio en sus delicadezas gastronómicas, coincidiendo también con su fortuna de expandirse a lo ancho de la provincia de Loja. La Puerca e Hijos, antes de la masificación que sufrió a manos del industrioso don Manuel, apenas daba abasto a la creciente demanda debido a que la fabricación de exquisiteces venía a ser un rito artesanal, una costumbre que aunque harinera devino en aristocrática puesto que las figuras de mazapán eran una suerte de blasón de los Samaniego.

“Teófilo, no naciste con la harina en las venas...”, le decía Papa-Beto jocosamente, sabiendo ya que era el último panadero espiritual de la estirpe de los Mazapanes, cuando se percató de su desidia por los negocios de don Manuel. El abuelo tenía su misma sangre y aupaba esa tendencia del muchacho a contemplar el mar adentro del capitán de Jipiro. Creció observando como el hombre se divertía armando las figuras de mazapán, ahí radicaba su enjundia, en el tiempo de crear sabores y olores que mantenían la fama de la pastelería original de La Puerca e Hijos. Jamás serán iguales los bollos, roscones, puercas, empanadas, suspiros, quesadillas, y todo ese etcétera sabroso que salía del horno de barro de los Mazapanes, al producto en serie que vende a raudales, año corrido, el contador don Manuel.

“Así, produciendo a pedido de la *gente buena* como era la costumbre de tu abuelo, nunca me iba a hacer ni una medianía solvente...”, le decía por contraparte, don Manuel, ufanándose de la revolución industrial que hizo en un santiamén con La Puerca e Hijos, regocijándose por el gigantesco paso que dio para que las delicias de los Mazapanes no se limiten al horno familiar de barro que se reducía a satisfacer el apetito de “la gente buena”, y por obra de los hornos a convección se atiendan los antojos dulces de medio mundo.

Con paciente conmiseración recibía Papa-Beto las ínfulas de su solo vástago, asumiendo que entre ellos se anteponía un abismo de letras, cigarrillos y café. El industrioso don Manuel no perdía el tiempo leyendo libros, “filosofías arruina mentes”; apenas recogía lo útil de los periódicos, y decía con razón que los más entretenido de la prensa eran los anuncios clasificados, pues ahí bullía la vida de un pueblo pujante. Don Manuel detestaba el humo del tabaco y no ingería café por esa malhadada alergia que resultó heredable. Papa-Beto pasaba de ser cazador de sorpresas en los anuncios clasificados, y leyó con fruición sin llegar a la decrepitud cerebral porque no abuso de las “filosofías arruina mentes”, pues, arribando a la madurez más que desflorar libros se refocilaba en la repetición: “Repasar una obra querida es revivir el diálogo con un excepcional amigo...”. De las cosas dulces de comer hizo una costumbre vivificante antes que ingente fortuna; fumó, burlándose del cáncer a los pulmones, algunas cajetillas diarias de Full Speed; bebió café a razón de un tintico por cada cigarrillo encendido. ¡Cuántas horas para sentarse a fumar y tomar café negro zarumeño!

El joven andante admite que su niñez fue romántica por la diferencia que hacía la estatura mítica del abuelo, en un hogar donde contar metálico era pasatiempo aun en los días de fiesta. La industriosa sangre harinera de don Manuel se quedó en la superficie sin medrar en su fuero interno, le fue insípido el producto del horno de tecnología de punta, a convección, que llenó a La Puerca e Hijos de palpables resultados. La magia del genio pastelero fue sepultada con el horno de barro del último de los auténticos Mazapanes, de Gonzanamá. Ya arriba a los predios lúgubres del Ministerio, viene holgado de tiempo, se congratula porque las puertas principales de la enorme edificación aún permanecen cerradas a sus inquilinos diurnos. El rostro reconocido del guardia responde al saludo tras la verja de seguridad, recibiendo sin preámbulos, tras un apretón de manos del inspector Samaniego, la misiva para el Jefe de Personal.

—Hazme el favor..., apenas entre el Sicólogo le entregas esto en sus manos —dijo campecho, relajado, fuera aspavientos, como si el sencillo guardia estuviese al tanto de su santa resolución resumida en una palabra rumiada durante meses.

—Sí licenciado..., esto va directo para el escritorio del Sicólogo —replicó el hombre sonriendo, acompañándose de un mohín de complicidad por lo del mentado apodo del Jefe de Personal, contagiándose de la indefinible vitalidad que despedía el irreconocible inspector sin su traje azul del viernes. Ajeno al contundente mensaje de la misiva, no hace preguntas de género capcioso, asumiendo por el disfraz del hasta ayer elegante licenciado que andará de vacaciones, o andará de eso parecido a la disipación, “en comisión de servicios”. El inspector le extiende un cigarrillo al guardia, y éste está a punto de informarle que solo fuma con filtro, tabaco rubio, pero accede para no ofender a un superior que hace poco compartió con él copas en el piso de Registro y Control por lo de la celebración de difuntos que abre el buche de los vivos en la urbe Luz de América. Fuman distraídos, ambos de acuerdo con que el primer cigarrillo de la mañana es el mejor, aunque el guardia pone distancias en lo de la dosis diaria de tabacos: —Yo me fumo dos, nomás, uno mañaneando y otro en la tardecita.

—A lo mejor..., quién sabe..., probablemente —acota el guardia— ahora me fume uno o dos demás, no sé por qué, será por ser viernes, ya huele a licor bendito con el pregón de las fiestas, ¡goza cuerpo goza!, a cualquiera se le abre el buche licenciado, ¿no es cierto?

El inspector más bien columbra que hoy fumara menos por lo del día de asueto; menos tensiones, más ejercicio libre; menos peso en trapos, y uno se siente más firme y liviano con los zapatos de... En un día X de trabajo ministerial llega ansioso a la oficina compartida con dos carnosas señoras de Registro y Control; y, bien instalado sobre su sillón giratorio, fuma el primero con deleite, la primera dosis de nicotina lo rescata del nudo estomacal que le impide digerir el enjambre burocrático.

El inspector se despide del guardia con la cara enfiesta por el arrojo de marcharse sin los adioses de los compañeros de trabajo, el hombre le estrecha la mano augurándole un grato itinerario de festejos en la semana de fundación española que encima a la urbe postibérica. Se aleja seguro de que el Sicólogo no demorará en dar el aviso, en cuanto se harte de ver su vocablo inapelable, al inteligente departamento de Registro y Control, de su intempestiva salida del Ministerio. En los terrenos suspicaces de Registro y Control se armará un revuelo de risillas nerviosas en el que participará el jefe seccional, el diplomado que supo ser alguien haciendo carrera ascendente, luchando bien por hacerse de un espacio de poder entre los servidores públicos. “En estos tiempos no se puede ser más sensato, familia, hijos...”, musitó mientras imagina el impacto psíquico de su misiva sobre el Sicólogo, quien disfrutará hilvanando conjeturas sobre la compulsiva renuncia del prometedor inspector; aclarando que sin el afán de ofender al señor Samaniego, fuera enconos personales, “aquí habla estrictamente el profesional”, él sí sospechó desequilibrios emocionales detrás de esa estampa de pequeño burgués en aparente ascensión comunitaria. Su exjefe de Registro y Control, amparándose en el simpático cinismo de los exrevolucionarios estudiantiles, encogiéndose de hombros, le remitirá al perplejo Sicólogo su inteligente carcajada de Registro y Control, ya refinada por los años que viene ensayándola en las paredes del sector turístico. Y, dirigiéndose al abismado Sicólogo, le diría: “Yo, cursando en la veintena, célibe, sin cargas familiares, heredero del panadero mayor de Loja y próximamente del Austro..., me largaría al culo del mundo a no hacer nada más que contemplar el nacimiento de un río... o algo así”.

Entrando a la sanduchería *Qué rico, ¿más?*, apartada lo suficiente de la sombra del Ministerio, en los confines de la zona rosa plagada de establecimientos de comidas y bebidas, donde pululan las terrazas que los turistas se apresuran a darles aires cosmopolitas, activó los sensores que el abuelo adicto al café le

pasó de su experiencia cafetera dentro de la vieja Europa. Olió a café y fue entrar a Qué rico, más; no para beber el café que por herencia paterna le está prohibido, sino para olerlo porque es el mismo cafeto de Zaruma que consumía el abuelo. Aunque, Papa-Beto, negaba que el espíritu del café exista bajo esta urbe que acorralla a la milla ibérica con sus vicios coloniales, pues, sólo reconocía al inconfundible Madrilón como café-café, apostado en la medula del casco histórico. “Sabes, el Madrilón, es el único café clásico, europeo, enclavado en el ombligo de la franciscana metrópoli”. Sin embargo, perdonando su impersonal modernidad, sí hubiera acudido ganoso a la especializada sanduchería Qué rico, ¿más?; siendo que se sirve con los exclusivos bocadillos de pernil el sureño café Zaruma, el café que ingirió hasta el instante del infarto masivo en las sentadas de tinto y tabaco sobre su estudio solariego de ciudad de Loja.

Se desayuna absteniéndose de tomar el preciado café, llanamente fascina con el aroma a cañada subtropical del Zaruma. La arrevesada reacción química que le produce la ingesta de cafeína, trunca el deseo perenne de consumirlo con un tabaco, constituyéndose este impedimento en una pasible paradoja. No le fue dado gozar del café, una pizca de ello y es presa de la feroz alergia que marca el solo abismo frente al abuelo, y el puente genético a don Manuel. Come el buen emparedado de pernil con el apetito del púber que acudía trémulo a Guatería Manaba por el estofado de tiburón, atrasándose al recuento mañanero de alumnos en las aulas del colegio Bernardo Valdivieso. Metido en eso de devorar su tente en pie con ají y sin beber nada para no destruir el aroma del café, deja que el ahumado azul que trae el cielo quiteño contraste con la nieve del retrato turístico del monte Chimborazo, ese que según Olegario Castro está cambiando su fachada a pasos de invernadero. Por la calzada, el veranillo del Niño Jesús, anuncia recreaciones de paella tomándose la fiesta semanal de fundación española. En segundos caminará con la prisa del que se propone distanciarse del reloj ministerial, aban-

donando del todo la zona rosa que reverbera ante el caos motorizado de avenidas que encierran el parque fronterizo con la vieja urbe, yendo a por las desapacibles callejuelas del centro colonial. Sometiéndose al rugido de la informalidad, será transeúnte enajenado por un haz de dicha entre los abigarrados albores del patrimonio histórico.

Subiendo largo por la estrecha calle de su rumbo predeterminedo para el día del ¡renuncio!, pretende recrearse con los ojos en la milla que alberga el arte que produjo la Escuela Quiteña de los días del imperio español, sin embargo la vía motorizada le devuelve hollín y bocinazos. Acelera derecho tras el primer objetivo de la mañana radiante en tierras altas, ese que debe ser conquistado a pie después de la personal entrega de la misiva del adiós a su carrera pública, hacer la caminata diletante que coloque el hito limítrofe entre el ayer aborregado del inspector y el presente ambicioso del aventurero. La loma sagrada de El Panecillo es la meta del paseo de ida, subido sobre esa suave cúpula observará los milenios que pasaron por tal observatorio astral; también tornará a ver el pedazo de su alma anclado en el gusano ciudadano, ese que multiplica humanas extremidades a costa de un prístino horizonte.

Caminó recio, con una viada efervescente, como en los días que hacía con Papa-Beto una visita de ida y vuelta, sin paradas intermedias, a la laguna de Jipiro. Solo afloja el paso arribando a la popular avenida de los económicos simulacros de amor; maldice al fumador que, a pesar del rico sudor que le produjo la ascendente marcha forzada, que ha venido cronometrando en las campanas de las iglesias, no da tregua: "Cuál es el apuro inspector, detente para un tabaco y conversar, ver, oler y oír, el patrimonio que nos ha premiado con estas maravillas arquitectónicas", susurró. Hecho, ya tiene un cigarrillo retozando en la comisura izquierda de sus labios. Aprovechando una banca municipal libre de parroquianos, se sentó a tomar el pulso de la histórica avenida, haciendo caso al fumador, tiene medio día por delante y el ápice de la loma sagrada está ahí nomás, a gol-

pe de escalinatas se encuentra a veinte minutos de la terraza de Parrilladas Pototo. De esto que procedió a deleitarse con el Full Speed, mientras enfoca lo ineluctable del lugar, el diurno comercio carnal mimetizado entre los bazares que flanquean la tradicional avenida. Especula en los precios populares de los estólididos abrazos que se consuman tras regateo con las más jóvenes y agraciadas. “¿Cuántos dólares promedio se puede hacer al día?”, musitó abriendo el verídico cálculo que consta en los archivos del Ministerio, dentro del voluminoso proyecto para reubicar el puterío lejos del casco colonial, factibilidad orquestada en la campaña municipal: Devolvamos la dignidad al patrimonio histórico. Del predicho estudio que se realizó con fondos del Ministerio, se le grabó aquel dato socioeconómico del oficio milenario al pie de El Panecillo; envuelto en aires de crónica urbana, repite para su capote: “En días festivos, amparándose en la avenida de los farolillos ibéricos, las trabajadoras sexuales adolescentes, hasta cuarenta servicios cometen”.

El centro capitalino es la marejada humana que precisa para esconderse de los ojos inquisidores del fantasma del Ministerio, el diagnóstico del Sicólogo no llega hasta acá para señalar la culpa del que huye del bienestar común bajo el paraguas opresivo de la familia y el estado. En la banca que donó el municipio, el informal Samaniego, se nutre del alarido de los expendedores de baratijas y pan de yuca, haciendo befa de la campaña de la ministra dolida por los pulmones de los servidores públicos, quien empapeló el Ministerio aconsejando a su gente con corazón de madre: Hágase un bien, ¡no fume!.

Un ciudadano de facciones aindiadas salta de la masa informe de los desheredados de la pequeña república, se le aproxima con el rostro degenerado del adicto a los vicios coloniales, dirigiendo su repugnante cuerpo a la banca de concreto que divulga, en el posterior del respaldo, un mensaje de la campaña educativa del burgomaestre: *Trabaja, no envidies*. Él se percató de la arenga municipal antes de sentarse a fumar y ver, tuvo tiempo para reconocer que esa leyenda era universalmente explotada,

se la encuentra al rato en un camión transportando zanahorias a las tierras bajas o en el despacho de la ministra sin culpa en los pulmones. Ya se entera de que es indetenible el avance del sujeto envilecido que llegará a la banca que alquiló para fumar, él es el objetivo del indigente, el tufo de alcantarilla lo golpea antes que el hombre le extienda la diestra para mendigar extintos sures, añorando todavía la calderilla nacional que reemplazó el dólar, “regale unos sucecitos mi rey”. Reprimiendo el punzón que experimenta por el individuo desposeído en la cotiniedad circundante al inspector sibarita, relaciona que no va de traje y corbata por la zona rosa, no está llamando la atención de la nariz del miserable detectando su almuerzo en los bolsillos del pudiente.

—Regale unos sucecitos, patroncito... —repite cortésmente el sujeto de la avenida de los farolillos ibéricos—. Y él echa en falta moneda fraccionaria en los bolsillos, toda la que traía la dejó en la sanduchería, Qué rico, ¿más?; apenas cuenta con el billete de veinte dólares apelmazado en el bolsillo diminuto del pantalón, el de guardar calderilla. Está libre de señas que delaten ganancia a los hampones de la zona; vino limpio, cero papeles, billetera o reloj. Pasa de meter las manos en los bolsillos del pantalón, decide no agitarse con la pantomima de buscar y no encontrar nada para el otro, va a hacer el quite a la pestilente realidad de lo paupérrimo. Está cargando lo justo para distraerse en el día de su precipitación a lo desconocido, apartado de la opresión de los trajes que lo premiaron con el arquetipo de Muy Prometedor.

—Ando limpio, amigo —habló seco y con claridad, lanzando la colilla viva del cigarrillo al piso de la banca municipal—. El hombre sin rostro sigue la colilla prendida que rueda allende sus pies y, quitándose del acto reflejo de extender la diestra por los centavitos de rigor, la alcanza para matarla contra el cemento que recalienta en los prolegómenos del jolgorio de fundación ibérica. No se reciente por la respuesta tajante que recibió, tampoco se alegra, se queda como acedado observando el tope de la

avenida, indicando con el índice que de un rato a otro largará la competencia de carros de palo.

—¿Un *fullcito*, amigo...? —acierta a proponer extendiendo el paquete de cigarrillos hacia el pacífico sujeto quien, disculpando la falta de efectivo del paseante, responde afirmativamente enseñando la putrefacta devastación de su boca—. Ahora las mandíbulas abiertas a babeante risa agarran el tabaco torpemente, como lo hace el novato esperanzado en atrapar el encanto que muestra el experto fumador de sociedad. La fosforera del informal Samaniego enciende el cigarrillo del hombre que se da a fumar entusiasmándose más por la actitud del joven que por la necesidad de tragar humo. Los dos fuman obviando una conversación de iguales, manteniendo intactas las diferencias en lo que cada uno le pide a la mañana por separado. Después de haber tendido un puente de humo con el desheredado que falló en su intento de conseguir centavitos para comer, calladamente volverá a lo que lo tenía ocupado previo al choque de mundos sobre la banca de la arena utilitaria: el ciudadano mendigo retornará al oficio de pervivir con los centavos de la voluntad ajena, y él retomará el sendero hacia la plataforma de El Panecillo. Entretanto, el humo del Full Speed ayuda a disipar los vahos del casco histórico a punto de fiesta, despistando la realidad de un pobre entre los pobres aunque libre a morir. “Así toca, repartir humo a falta de una revolución que socialice la dignidad en los enjambres humanos”, tuvo ganas de decir como lo diría ante los prosélitos del Frente Amplio de Izquierda, FADI, pero no lo dijo, hubiera sido una vergüenza fregar ese silencio que sí compartió con el otro con una vil retórica. Le parece que es más sensato rumiar la alternativa de Papa-Beto, la que proponía a manera de ficción política: “Declararle la guerra a Suecia y a Dinamarca, que nos invada el socialismo democrático de los vikingos, y que el Nobel de Literatura se falle en ciudad de Loja”.

Brindar un cigarrillo en la batalladora avenida redundó en el rubor que recaba la inmundicia; aquí tiene plena capacidad de asombro, sin atenuantes oficinescos que lo manden de

regreso a las parcelas apopléticas del trepador. Junto a Papa-Beto aprendió a darse baños de informalidad para exorcizar al hombre reprimido en la orbita de elites cosificadas. El pecho henchido del pequeño burgués pavoneándose en los corrillos de la universidad, ese con el membrete soy de izquierda pero a buen recaudo del voto de austeridad, se desinfla evitando la paranoia sobre la banca municipal. Desde chico, calándose la boina del Che, salía con el abuelo a vender figuras de mazapán en la feria instaurada por Simón Bolívar para la integración fronteriza con los peruanos. Fueron días en los que el pubescente se bañó de magia persa en el cúmulo de tiendas binacionales de mercaderes integracionistas. En la carpa del Mazapán hicieron buen negocio con el gusto de los peruanos por las gollerías de Gonzanamá, terminaban ganando el equivalente al consumo de un año de cigarrillos y café que, numéricamente, era un arcano espantable, una cifra escandalosa que el anarquista Alberto Samaniego nunca hizo público. Esas cuentas fueron el mayor secreto que los dos compartieron; los viejos billetes que el artista del mazapán ganaba en las ferias de integración fronteriza, fueron destinados al fabuloso consumo de cigarrillos Full Speed y de café Zaruma.

¿Cuántos litros de café ingirió Alberto Samaniego...? Todavía hace cálculos sobre el café, aunque ese precioso caldo oscuro le fue negado desde las postrimerías de su infancia; especula con el olfato en un afecto que no se consumó, pues no hubo sensaciones líquidas. Está impedido de zambullirse en los rápidos del cafeto, mas se contenta cuando los aromas arábigos lo devuelven al estudio solariego del abuelo. Fue insalvable el precipicio alérgico que heredó, "como una maldición", de los genes del industrioso don Manuel. A veces sueña que se ha recuperado de ese cruel impedimento, y aparece radiante de dicha en la carpa persa de la feria de integración fronteriza para darle la buena nueva al abuelo, "ya está deshecho el maleficio, Papa-Beto, estamos listos para una sentada de café y tabaco".

El paseante asume que la falta de café le impide fumar más de dos cigarrillos en seguidilla. Sobre el asiento de la sen-

tencia municipal, Trabaja, no envidies, los minutos de tabaco se agotaron, el hombre andrajoso partió tras el fantasma de la moneda nacional con la efigie del héroe bolivariano, Sucre, que nos llevó a la Cima de la Libertad para que luego todo sea descender en los avatares tragicómicos de la República. Se anima a avanzar para quitarse la sed de cantina que le entra con la bandera de largada de la carrera de coches de palo, allá arriba. Levantándose inhala con fuerza la chicharra ardiente presta a quemar los dedos que la aprietan; da la calada del estribo, la del adiós a la banca con mensaje, y con sonora exhalación despide al pucho que el pie izquierdo estampa en el reverberante piso. Retoma el paso de vencedores, enfilando por la pendiente que lleva al mirador de El Panecillo, comienza a meterse en el cuadro futurista del domo de radio Marañón, la noctámbula emisora libre del montañero Olegario Castro. Ya percibe la energía de las ondas que regularmente salen al aire a medianoche, cuando los oyentes lechuceros reciben el disparo de largada al circuito que concluye en la alborada del montañés.

Cuando el insomnio hacía presa de él, pasando la medianoche en el confortable cuarto de arriendo, conectaba con las madrugadas del nictálope Castro. Generalmente, en Villa Ximena, corría el manso diario del pequeño burgués amparado por la seguridad de la normalidad reinante, haciéndose escucha de Marañón sólo con el tiempo de rebelión del otro ante los rígidos horarios del inspector/estudiante. Eran las horas que el turno para dormir se trastocaba en avalancha de acusaciones del yo rebelde contra el macilento fruto de la servidumbre al industrial Samaniego. Las espaciadas noches de vigilia junto a las ondas heteróclitas de Marañón, esas madrugadas de frotaciones espirituosas, estaban madurando bajo el subconsciente, ¡a todo galope!, el inexorable renunciamento. Haciendo abluciones con aguardiente selecto, fruto de las cañas de San Agustín, siguiendo la prescripción de los contadores de historias de Malacatos, calmaba su ansiedad corpórea y por inercia de las frotaciones se quitaba también de las urticarias menores.